

## Los actores políticos y la crisis del orden oligárquico

*María Dolores Béjar\**

Los profundos y acelerados cambios que, desde el último cuarto del siglo XIX, afectaron a la sociedad argentina, se tradujeron en la manifestación, cada vez más evidente, de las tensiones entre un régimen político basado en el orden y las jerarquías y una trama de relaciones sociales y culturales que impulsaba el progreso y prometía el ascenso social. La reconstrucción de la forma compleja y mediada en que las transformaciones sociales incidieron sobre la vida política requiere la consideración de la trama de relaciones en este escenario. La lectura que, sobre su tiempo histórico, hicieron los diferentes actores políticos, los objetivos que impulsaron su acción, los recursos materiales y simbólicos con que contaron cada uno de ellos y el juego de relaciones a través del cual se opusieron y acordaron entre sí, son factores esenciales a la hora de dar cuenta de la crisis del orden conservador

El artículo del doctor Pereyra, que reeditamos en este número, explora las conexiones entre las transformaciones sociales y el resquebrajamiento del orden conservador, a través del análisis de la reforma electoral de 1902.

En esta sección recogemos los testimonios de dos actores políticos que, desde posiciones diferentes, tuvieron un papel destacado en el proceso que posibilitó el avance de la democracia.

En primer lugar, la voz de Roque Sáenz Peña, uno de los notables del círculo político que detentaba el poder y al mismo tiempo, un miembro activo de la fracción oligárquica que impulsó la reforma del orden existente al punto de comprometerse activamente con la reforma electoral que obstaculizó la instrumentación del fraude y promovió la participación de la ciudadanía.

En segundo lugar, incluimos el diagnóstico del Partido Socialista a través de tres notas publicadas en *La Vanguardia*: la evaluación del dirigente socialista Manuel Ugarte sobre la ley electoral de 1902 y a continuación dos reflexiones, en el marco de la campaña electoral de marzo de 1904, sobre el comportamiento negativo del electorado y las razones del mismo.

---

\* Profesora e Investigadora UNLP-CISH

## La voz de Roque Sáenz Peña. La conferencia en el teatro Victoria del 31 de octubre de 1903\*

Señores:

El Partido Autonomista a que pertenezco, me ha pedido que inicie las conferencias sobre el tema de nuestra actualidad. He accedido al empeño amistoso, pero os pido disculpa por las deficiencias, porque no me reconozco ni tengo ensayadas las calidades de conferenciante. (...)

Mi tarea del momento no puede ser grata; la encaro como un deber y no como una vanidad, porque no cabe la pretensión de agradar, sobre tema tan amargo como nuestra actualidad.

Yo quisiera pasar sobre el presente, como sobre las horas de un insomnio estéril, para enfocar el futuro con la óptica rosada del patriotismo. Quisiera ver en la prosecución de nuestro siglo, una raza y un pueblo viril y abnegado, con el concepto preciso de sus derechos y de sus libertades intangibles, un pueblo sin la sensual impaciencia del éxito premioso y del logro inmediato (...). Yo quisiera percibir un estado social más avanzado, en que el precepto utilitario de la ley romana no presida las relaciones políticas entre los gobernados y el gobernante, de manera que la acción del ciudadano sea desinteresada, espontánea y sin prevaricato, cuando absuelve o condena al olvido al mandatario; aspiro a las civilizaciones depuradas, donde perciba la justicia protectora, defendida ella misma por su escudo igualitario, protestando los agravios que le infirió la ignorancia al desconocer ante propios y extraños la independencia e igualdad de los poderes y el recíproco respeto que debe presidir sus relaciones. (...) Quisiera presentaros, no la despoblación, no el abandono que hace de nuestro suelo el extranjero, esa hemorragia lenta de los jugos vitales que habíamos incorporado a nuestra economía. Quisiera, por el contrario, hablaros el idioma de nuestra grandeza labrada por los hombres de todas las razas y de todos los puntos del globo, llamados al nuevo hemisferio por las seducciones del trabajo, de la democracia y de la libertad. Yo he soñado, señores, al nuevo mundo, como lo han de percibir las generaciones del futuro cuando se haya roto el molde de los gobernantes sudamericanos, que fragmentan a los pueblos y retardan sus progresos institucionales, comprimidos por los sunchos de su dominación personalísima; yo lo percibo, señores, con el empuje potente de todas las fuerzas en acción, con las nobles expansiones del sentimiento americano

---

\* Sáenz Peña, Roque. «Ideario de un Estadista» en: *Discursos y Escritos Selectos*. Buenos Aires, W.M.Jackson INC, 1947, p.p.121-139.

y el anhelo nobilísimo de las nuevas generaciones que demandan un rayo del sol de la patria, que atempere el cautiverio de una oscuridad sin término. Se incorporará entonces sin retardos, en la extensión que bañan los dos piélagos, una familia de pueblos independientes y libres, yuxtapuestos por la geografía y vinculados por la sangre, confundidos en la religión del mismo Dios y en la comunión del mismo credo republicano democrático; entonces se habrá sellado, sin pactos y sin cláusulas, la grandeza y la felicidad del Continente, extirpando por acción de presencia, esa planta hegemónica del imperialismo, que es la jactancia de los pueblos engraidos, resistida y condenada por la civilización del siglo XX. Llegase allí, no sólo por el camino de los pactos internacionales que refrendan tan sólo lo que existe, lo que vive en la naturaleza homogénea de las cosas y en las tendencias comunes de los pueblos; también se llega por el concierto tácito de las Soberanías que amparan, ante todo, la soberanía del hombre por la emancipación de la personalidad humana y por los nobles ideales del gobierno propio, que identifican el alma y el poder de un continente, que nació armado para las libertades solidarias, como lo concibiera la mente de Bolívar. (...)

No pocas veces se ha encomiado la acción de los partidos y de los gobiernos, pero pienso que los hechos no abonan el panegírico; tenemos un metro comparativo que confirma mi tesis: los Estados Unidos; la colonia británica de ayer ha realizado progresos que nuestra raza no ha podido imitar, y no seguramente por falta de tiempo; el coloso del Norte, que, como lo he pintado alguna vez, vive tendido de espaldas entre dos océanos, con la cabeza apoyada sobre las moles gélidas del polo, calentando sus extremidades en los trópicos; aquel coloso, decía, se constituyó en nación y en democracia de verdad para modelo y ejemplo de las nuevas civilizaciones; ha poblado un territorio tres veces más extenso que las dos repúblicas del Plata, solucionó el grave enigma de las instituciones, aseguró la libertad sin amenguar el concepto ni la autoridad del gobierno, respetó en todas las épocas la autonomía inviolable de los estados, explotó la riqueza de su suelo, creó las industrias manufactureras y ha dominado las fuerzas de la naturaleza, gobernado al mismo Niágara educando sus caldas en la disciplina del trabajo industrial, y se ha internado, por fin, en el océano, tendiendo el puente de Brooklin sobre la espalda del Atlántico; señores, sus ferrocarriles representan un 50 % de los que recorren el mundo, y sus hilos eléctricos envuelven treinta veces el globo terrestre. ¿Qué hemos hecho nosotros en este tiempo? ¿Dónde está el inventario de nuestros progresos?

El sol, nos ha iluminado las ciudades y los campos, las lluvias que han sido pródigas germinaron las simientes de la tierra, surcada por los provechos del agricultor; la naturaleza, sin duda, es generosa, como lo ha sido siempre, con nuestro suelo; pero no es a la naturaleza a quien tenemos que juzgar, y si

estudiamos la labor de la raza, la acción de los hombres y el esfuerzo de un siglo, la vanidad nacional no puede sentirse satisfecha.

Para que un argentino pueda rozarse con otro ser humano necesita recorrer un kilómetro cuadrado y, andando el tiempo y alargando el sistema, tal vez necesitemos recorrer dos, porque los consumos caros y la vida onerosa, vuelven la tierra ingrata e inhospitalaria. Los presupuestos reciben las inflaciones gravosas del proselitismo; existe un presupuesto que vota el Congreso, y otro presupuesto, que se vota y se promulga en los acuerdos de gobierno. Las provincias languidecen por la absorción de la metrópoli y porque sus gobiernos tienen funciones extrañas a su prosperidad. Las industrias languidecen junto con las provincias, porque las estrangulan los transportes, que inmovilizan y malogran la riqueza nacional. El comercio protesta de tarifas y gabelas y la producción no se defiende en los mercados de consumo, ni por tratados de reciprocidad, ni por retorsiones previsoras y legítimas. No hemos tendido un cable, ni tenemos un kilómetro de canal navegable, automóvil de la riqueza pública que genera el movimiento universal, sin tarifas, sin rieles, ni carbón y que, como decía el economista inglés, es el moderador de los ferrocarriles, porque es el ferrocarril que camina solo. No quiero hablaros, señores, de la deuda pública, porque un distinguido especialista ha agotado la materia desde esta tribuna, con estudio y con autoridad. En cambio de todo esto, el sistema institucional se ha pervertido, con un método perseverante y siniestro. Las provincias no eligen a los gobernadores, los gobernadores no eligen a los ministros, ni los ministros a los funcionarios; la República Argentina tampoco puede darse un presidente; nuestra vida nacional se combina y se resuelve como asunto doméstico y casero que se comunica a las provincias como la orden de un destino fatal y tenaz. El sistema federal no existe, como no existe tampoco el régimen republicano, porque falta la independencia y la división de los poderes que son garantía del orden, de la vida y de la propiedad; y falta la independencia, porque el Congreso se integra bajo las órdenes que imparte el Presidente a los gobernadores de provincia, y un cuerpo constituido por tales medios, no es popular, no es autónomo, ni es institucional; no hay dos poderes: es un sólo engranaje que se mueve en el vacío de un centralismo avasallador y exasperante.

Tal es, señores, la actualidad de la Nación el mundo civilizado no percibe a la distancia, sino la exterioridad y el aparato de una nación constituida sobre el régimen republicano; ella tiene, en efecto, todos los órganos, no le falta ningún miembro para la ficción de la vida, pero en realidad, le falta la vida misma; es un cadáver sin desgarramientos y sin mutilaciones; apenas si se descubre una ligera incisión sobre la región cardíaca, apenas si se percibe un botón roto sobre los senos frontales; la hemorragia ha sido interna

Señores: un pueblo que no delibera, que no piensa, que no puede votar ni darse gobiernos propios, no es un pueblo, en el concepto jurídico, ni en su significado sociológico; esto no es una república, ni una democracia; será parodia o ficción, será una tribu vestida a la europea, será una oligarquía, pero no es una entidad política, ni un cuerpo orgánico, ni un pueblo libre, que tenga los atributos de la nacionalidad. (...)

Nos llamamos Partido Autonomista porque ante todo venimos a defender la soberanía del hombre y la emancipación de los espíritus, adiestrados torpemente en la mansedumbre, en la obediencia y en la abdicación del ser político. No incurriremos jamás en el error de instituir agrupaciones personales, que a falta de banderas y de ideas se abrazaron a los hombres y tomaron el apodo de sus apellidos, como si la personalidad humana pudiera pertenecer a ninguna individualidad.

La bandera del Partido Autonomista representa un cuerpo Orgánico e impersonal, que significa la autonomía del ciudadano, la autonomía de la comuna, la autonomía de las provincias como cuerpos políticos, y la soberanía de la Nación. (...)

La juventud se incorpora a nuestras filas por razones que están en el ambiente y en nuestra bandera; ella no teme depresiones ni desgarramientos en su independencia ni en sus caracteres, porque la ley inexorable de las mayorías será la ley y la norma de nuestros actos, porque es la ley premiosa de la democracia, y porque venimos protestando de los errores y de los excesos que nos han separado de un viejo tronco porque carece de las fuerzas vitales de un organismo vivo y de un cuerpo político deliberante; el gobierno de uno sólo estaba predestinado a la disolución; allí faltaba, señores, la capilaridad que atrae el nuevo elemento de las nuevas generaciones y establece la vida del movimiento en los partidos y en las sociedades; aquello es un tubo hermético sellado con un monograma personal.

Lo que ha ocurrido, señores, vosotros lo sabéis porque forma la crónica de las últimas horas y podéis explicaros los hechos y sus causas. (...)

Estamos avocados a una imposición presidencial que debemos resistir en la forma que lo indiquen los acontecimientos, pero para resistir es necesario existir; se trata, pues, de constituirnos con los veteranos de las viejas luchas y con las generaciones del presente, extrañas a las discordias civiles del pasado y ajenas a los contactos del árbol enfermo; vosotros ya conocéis nuestra bandera; nuestros medios radican en el sufragio y nuestro fin político en la autonomía de todas las provincias para robustecer la soberanía de la nación, que debe ser nuestro universo alumbrado por catorce estrellas fijas que necesitan brillar con su luz propia.

El Partido Autonomista existe, señores, no desde este momento, sino desde la hora en que se llamó a formar a los viejos y a los jóvenes correligionarios; es,

pues, un hecho de existencia visible, que nos obliga a definir nuestra actitud con serena reflexión.

Al encontrar los partidos populares que ocupan la escena, no debemos considerarnos como campos adversos; debemos saludarlos con el afecto que aproxima y no destruye las fuerzas concurrentes a un mismo propósito, porque todos buscamos por distintos caminos la grandeza de la nación unida y fuerte.

Encontramos en la acción al Partido Radical, que es una rama del tronco autonomista; tal vez no coincidimos en los medios, porque los sentimientos conservadores del orden no pueden sacrificarse como medida inicial a la acción partidista; pienso, señores, y ésta es una opinión personal, que los movimientos armados son la última instancia en el proceso de las dictaduras; pero tengámosla siempre como última instancia.

El Partido Republicano es también un partido popular a cuyo frente diviso a los adversarios francos del 74, que han resistido en la hora actual las seducciones destinadas a destruir su respetabilidad y su Organismo. Con ellos nos separan conceptos de Organización y de gobierno, pero no ha llegado la hora de discutirlos porque las circunstancias y el problema actual son fundamentales y son previos al debate académico de las instituciones

El Partido Socialista toma carta de ciudadanía en nuestras luchas presintiendo en las horas venideras un campo abierto a todas las convicciones y al pensamiento de todos los hombres libres; hay, pues, que considerarlo como un factor que merece nuestro examen y nuestro saludo.

Enunciados los partidos organizados y actuantes yo formo un convencimiento, que me es también personalísimo.

Pienso que ninguno de los organismos creados es bastante poderoso para realizar por sí los anhelos expectantes de la sociabilidad argentina; no miro la fuerza de sus éxitos sino en una coalición organizada y metódica, cuyas dificultades no se me ocultan; la encaro sí, en una marcha y en una acción concurrente en que se sienta el contacto de los hombres acercados por un anhelo patriótico.

Depongamos, pues, los viejos antagonismos; hay una misión más grande que el reproche estéril; no nos cristalicemos en el pasado; aspiremos los aires saludables de la grandeza futura de la nación; convenceos, señores, que la extirpación del mal es una labor enorme que requiere los alientos de todos los partidos y de todos los hombres; no intentemos demoler la montaña en provecho de un fundo determinado; no discutamos el deslinde de la tierra y de la luz que ha de irradiarse cuando la montaña caiga; esas son las desconfianzas que han detenido esta evolución política

Pienso, pues, que la primera palabra que ha de pronunciar el labio y ha de caldear el corazón de los hombres y de los partidos, es la unidad y la fraternidad de las oposiciones viriles y altivas. (...)

Mis amigos: el Partido Autonomista mantiene y sella con vosotros el pacto solemne y público de la solidaridad del porvenir; debéis actuar y formaros en la acción, porque la acción en que las viejas generaciones os preceden es la que abrirá la brecha por donde ha de penetrar con la luz del nuevo día, el oleaje claro y límpido de las nuevas generaciones.

La Universidad es el hogar materno del intelecto, pero el Partido Político es el vasto taller del hombre libre donde perfila su fisonomía y desenvuelve sus fuerzas en el bien de la comunidad.

No sigáis a los hombres sino a las ideas, y las ideas no las declinéis jamás por complacencia con los hombres.

Servid a vuestro partido con desinterés y decisión, porque servís la propia convicción y las convicciones propias no generan ni aceptan recompensas. Las altas funciones públicas no son un fin sino un medio de servir a sus conciudadanos, y son vuestros conciudadanos y no vosotros los que han de marcar la hora de vuestros servicios.

Considerad los compromisos que aceptéis como deberes que empeñan vuestro honor por lo mismo que no crean acción compulsiva.

No cambiéis de bandera ni de filas sino cuando lo exija vuestro decoro o el claro convencimiento de que vuestros derechos son desconocidos.

¡Amad a la patria como se ama a la madre, reprimiendo el agravio, reparando el ultraje!

He dicho.

## La posición del Partido Socialista

### La ley electoral\*

La ley electoral del 24 de Marzo fue indudablemente una mejora y constituye un adelanto que no podemos desdeñar. Todo lo que tienda a atenuar el fraude y a devolver, aunque sea parcialmente, al pueblo sus derechos de elector, tiene que ser aplaudido por nosotros.

Pero la reforma no es tan completa como algunos creen, ni tan favorable a las masas como suponen por ahí los que juzgan superficialmente.

Con un poco de habilidad o de destreza se ha encontrado el medio de dar al voto de la gente acomodada mayor valor que al de las humildes, estableciendo una diferencia entre los distintos barrios y escalonando la eficacia de la voluntad nacional según la clase social dominante en la circunscripción.

Las ocho divisiones habitadas preferentemente por los pobres (2<sup>a</sup>, 3<sup>a</sup>, 4<sup>a</sup>, 8<sup>a</sup>, 9<sup>d</sup>, 9<sup>a</sup>, 12<sup>a</sup>, 13<sup>a</sup> y 19<sup>a</sup>), reúnen tanta población como las doce subdivisiones donde domina la burguesía.

Haciendo un cálculo en cifras redondas, resulta que mientras las primeras eligen un diputado por cada 40.000 habitantes, las segundas eligen uno por cada 27.000. De lo que creemos poder deducir que el voto del trabajador pierde un 35% equiparado con el rentista y que para equilibrar 100 votos del burgués son indispensables 135 del proletario.

No quisiéramos dejar suponer que en estas observaciones nos guía un inmoderado espíritu opositor a las autoridades existentes. Sabemos que en todos los países ocurre lo mismo. Bata ver el plano electoral de París o de Londres para convencerse de ello. Son males que provienen del sistema y no de los hombres. Pero no está de más hacer notar la injusticia.

De todos modos la nueva ley nos permitirá desarrollar una acción que antes era imposible. Y con la energía que da la seguridad de tener razón, debemos esperar sacar de ella mucho más de lo que nos concede.

*Manuel Ugarte*

---

\* *La Vanguardia*, edición del 19 septiembre de 1903, número 38, p.2

## Nuestra acción en la política\*

Los llamados partidos, que han actuado sucesivamente en el escenario de la política criolla, valiéndose de la fuerza armada o del fraude para encaramarse en el poder, han demostrado luminosamente su ineptitud para gestionar los intereses de la nación. Un territorio vastísimo dotado de una admirable variedad de climas, fertilizado por ríos inmensos, apto para toda clase de cultivos, parecía predestinado a asombrar al mundo entero por el rápido desarrollo de su población, y el progreso de sus riquezas e instituciones.

Hubiera sido fácil, mediante un mínimum de esfuerzo aprovechar la feliz predisposición natural del suelo y de la atmósfera, para hacer de esta región un emporio agrícola de primer orden. Una sabia legislación social, aplicada con rectitud y firmeza, habría atraído a nuestras playas los brazos indispensables y las máquinas para hacer productivas y pobladas las pampas desiertas; no, las mentidas promesas de bienestar, y los alicientes artificiales. Bastaba solamente hacer efectiva y tangible la solemne promesa de la constitución cuya letra ampara, sino de hecho, por lo menos en el derecho, a todos los hombres de buena voluntad que habitan este suelo.

En cambio se ha hecho poco, y lo poco pésimamente. Se ha logrado sistematizar y legitimar el robo reduciendo los salarios a proporciones irrisorias, con las repetidas emisiones que hundieron el papel moneda al ínfimo nivel de la depreciación, y cuando, por efecto del lento equilibrarse natural de las fuerzas económicas, el papel moneda pareciera recobrar lentamente su valor legal, se resolvió detenerlo en el camino. Se han inventado leyes restrictivas de la libertad individual como la recientemente promulgada contra los extranjeros, mientras el país entero pide a gritos, para desenvolverse y progresar, los brazos que desentrañen de su seno las riquezas inmensas que duermen improductivas y olvidadas.

Mientras todos están conformes en la constatación del mal, y las protestas suben a las estrellas, nadie se mueve para contrarrestar su avance fatal. Si nuestra clase dominante no ha sabido despojarse de los viejos hábitos de barbarie heredados de las tribus indígenas, la clase obrera no está mas adelantada.

Entre los progresos materiales evidentes, luz eléctrica, ferrocarriles, telégrafos, etc., etc., lucimos todavía, dolorosos anacronismos, la característica pereza y la ignorancia primitiva. Es un hecho indiscutible el abismo que media entre los progresos materiales realizados y por realizarse, y la absoluta carencia de educación política de la burguesía y del proletariado argentino.

---

\* *La Vanguardia*, edición del 26 septiembre de 1903, número 39, p.2

Sería una injusticia si pretendiéramos culpar de nuestro atraso únicamente a la clase gobernante, mientras sabemos por experiencia, que buena parte de la responsabilidad pesa también sobre la clase trabajadora, que columpiada en una indiferencia sistemática ha permitido el perpetuarse de la camorra y la violencia en la política. ¿Qué hacer?

El Partido Socialista Argentino está llamado a provocar la reacción bienhechora que ha de llevarnos a la normalidad y el orden. Para llegar a este resultado, ninguna agitación será tan provechosa y fructífera, como la constante, tenaz e incansable propaganda en pro de la participación del pueblo en las luchas políticas.

Cualquiera que sean las causas que alejan a los trabajadores de la política, hay que combatirlas hasta conseguir desarraigarlas por completo. No nos cansemos de repetir esta verdad indiscutible: Si la burguesía criolla ha podido manosear impunemente la constitución y nos ha robado con las emisiones clandestinas, lo tenemos merecido por nuestra indiferencia y cobardía.

Ella ha falseado y corrompido la lucha política degenerándola con el malón y la intriga; toca a nosotros dignificarla y enaltecerla con la rectitud y el orden. ¡Ciudadanos, a las urnas!

*Esteban Dagnino*

## Vísperas Electorales\*

El irritante sistema de elecciones nacionales que antes regía para llevar al Parlamento, mediante asquerosos fraudes, a individuos que iban a él a servir de «elementos» al mismo pontífice que preside al país, no obligaba ni a los «elementos», ni al pontífice, a decir pro fórmula: este es el programa.

Montada la máquina electoral en tal forma que ninguna minoría podía aspirar a ser representada, en las cámaras nacionales, si así no lo disponía mediante repugnantes componendas el árbitro, dueño y señor del sistema, sobraba el programa porque todo faltaba.

El sistema menos malo que ahora está en vigencia ha servido, cuando menos, para obligar a los candidatos a formular promesas y desvergonzarse en público, desnudando el pensamiento y el espíritu.

Ahora bien: ¿Cuál de todos los candidatos burgueses -republicanos, radicales, autonomistas, liberales- llegaría al Parlamento, si este pueblo argentino que se llena la boca proclamándose el más adelantado de Sud América, fuese menos ignorante y tuviese un poquito, aunque muy poquito, de educación política?

¿No es verdad que ninguno?

¡Qué pobreza indigente en materia administrativa y financiera, la de todos ellos! ¡Qué logorrea más huecamente sonora para cantar tonterías!

La patria para acá, la patria para allá, el porvenir de la patria para arriba, el porvenir de la patria para abajo... ¡cuanta patria puesta en todos los tonos de la solfa, para disfrazar las ganas locas de manosearla!

¡Y decir que la ineducación política de este pueblo va a llevar su torpeza y su suicidio hasta complicarse con el voto por salario y con el voto por complicidad, en la elección de tales individuos!

Es el eterno cuento: ¿para qué sirven las libertades y los derechos cuando se ignoran sus goces? Mas aún: ¿para qué se gozan cuando sólo sirven para hacer daño y para hacerse daño?

El sufragio universal, aun en la forma que lo practica y permite que se lo practique la clase gobernante, es una simple ironía en los países donde no se sabe que el arma del voto es el arma más eficaz de las modernas democracias: la que decide todas las acciones: las chicas y las grandes.

Formidable cañón, cuyo proyectil perfora todas las corazas en los pueblos cultos, es vil juguete de cartón en los pueblos atrasados.

La clase obrera reducida a la impotencia por la ignorancia en que se la mantiene a designio, no sabe una palabra de política, porque nunca se le da ni una noción elemental de lo que ella significa, importa y vale.

---

\* *La Vanguardia*, edición del 20 febrero de 1904, número 8, p.2

Y la noción errada que la clase obrera se forma de la política solo consiste en saber negativamente que de ella le provienen todos los males adquiriendo contornos de pésimos gobiernos y de impuestos extorsivos.

Acostumbrada a ser la eterna víctima, se ha acostumbrado a ser la eterna incrédula; y para ella todos los que de política se ocupan solo son pillos en evidencia o pillos en ciernes. Toda la sabiduría popular consiste en eso. Y así entregada a la incredulidad, o comercia con el voto poniéndose al amparo del mismo pillo de que abomina, o se queda en casa el día de los comicios. En ambos casos todo le es igual: lo que deba resultar, le resultará lo mismo.

Y sin embargo si ella supiera y si ella quisiera, no resultaría lo mismo. Entre candidato y candidato y entre partido y partido median diferencias. Si antes no se echaba a ver las diferencias ello era simplemente porque las banderías argentinas acaudilladas por un grupo de ambiciosos que se ponía de acuerdo o reñía con otro grupo para gozar de las sensualidades del poder, no se creían obligadas a desnudarse en público. Ahora es distinto. Ahora se han sentido obligadas a decir lo que las barniza, y ya se ha visto: el barniz no logra esconder la carencia indigente de propósitos confesados más o menos útiles.

Hablar de patria a las masas, que tienen hambre, es hablarles de música celestial. Entregadas a su ignorante incredulidad no empezarán a crear conscientemente a precio tan mezquino.

La pequeña fracción de ella que importa nuestro Partido, por mucho que se esfuerza, no consigue ilustrar tan pronto como fuera de desear, a la fracción infinitamente mayor que el día de los comicios permanecerá alejada de la lucha o irá a ella corrompida por los caudillos de las banderías.

Entre los propósitos confesados por nosotros y proclamados en la plaza pública por nuestros candidatos a diputados, y los propósitos inconfesables que persiguen los candidatos burgueses, hay de por medio un abismo. La educación política naciente en la clase obrera argentina ha de irlo llenando.

Seremos pocos, lo sabemos. Pero seremos fuertes. Como que nuestras raíces no han ido carcomiéndose en lo pasado, ni están pudriéndose en lo presente, sino que van extendiéndose fuertes y sanas en lo porvenir.

Perseverando hemos de acabar con la incredulidad inconsciente que aplasta a la masa obrera en lo político y hemos de empujarla poco a poco a la consciente educación política de que ha menester para mejorar su condición día a día, hasta hacer prevalecer la finalidad que perseguimos y en que cifra la mayor felicidad humana mediante la desaparición de las clases.

De la constante difusión de nuestro programa opuesto a la falta de programa de los otros grupos, ha de surgir por fin la prevalencia nuestra, que es igual a decir la prevalencia popular.